



## VICENTE GALLEGO



**Vicente Gallego** (Valencia, 1963) ha publicado los libros de poemas titulados *Cantar de ciego*, *Si temierais morir*, *Cuaderno de brotes*, *Saber de grillos*, *Ser el canto*, *A pájaros y migas* y *Un gramo menos* (haikus). Recientemente, sus libros de versos, depurados y corregidos, se han publicado en la antología titulada *Cantó un pájaro* (Fondo de Cultura Económica). Como poeta ha recibido los Premios Fundación Loewe, Premio Nacional de la Crítica, Generación del 27, Premio Antonio Machado de la Fundación de Ferrocarriles Españoles, Emilio Alarcos y Ciudad de Melilla, entre otros. Como ensayista se ha dado a conocer con tres libros acerca de la naturaleza original de la realidad: *Contra toda creencia*, *Vivir el cuerpo de la realidad* y *Para caer en sí* (Diálogos en torno a la palabra de Nisargadatta Maharaj), todos ellos disponibles en la editorial Kairós. Desde hace más de veinte años, trabaja en la EMTRE como pesador de camiones de residuos urbanos.

## ESCUCHANDO LA MÚSICA SACRA DE VIVALDI

*A Carlos Marzal y Felipe Benítez*

Como el agua bendita,  
como santo rocío  
tras la noche de fiebre,  
lava el alma esta música  
con su perdón sincero.

De lo terrestre naces,  
del metal y la cuerda,  
de la madera noble,  
de la humana garganta  
que estremecida afirma  
la hora suya en el mundo,  
y sin embargo vuelas,  
gratitud hecha canto,  
para que el aire cobre  
sentido y alegría,  
y respiremos luz  
y se rompa el cristal  
y reine la pureza.

Súmanos a tu coro,  
amor que en melodías  
increadas descienes  
para alzar corazones,  
cantemos con los ángeles,  
un dios debe de amarnos,  
pues la música vive.

Si algún eco de ti  
sonara en nuestra muerte...

Para qué sordo oído  
-cuando sea ya el nuestro  
desmemoria en el polvo-,  
en mitad de la muerte,  
celebras hoy los dones  
de no sé qué verano,  
qué ola, qué canción  
que en la mañana fuimos.

(De *Cantar de ciego*)

## UN CLARÍN EN LA NOCHE

*A Eloy Sanchez Rosillo*

Ya me toma el silencio,  
ya me envuelve  
en su blanco organdí la carne grave,  
y es la hora sin hora  
del que escucha las voces.

De la misma manera en que nacemos,  
en el momento justo y sin saber,  
así vuelve a parirnos la palabra  
y nos hace inocentes.

Yo no sé qué decía, pero oigo  
un clarín que me dice.

Ya comienzan las ruelas  
a tejerme el sudario.

Es preciso morir,  
es preciso callar para que hable  
el agua de la fuente.

*(De Si temierais morir)*

## MERCEDES

Sólo una vez me llevaron a dormir a casa de la hermana mayor de la madre de mi madre. Pasé azorado el rato de la cena, pues no tenía casi trato con la vieja. Sufrieron toda clase de miserias mis aprensiones infantiles frente a aquel tazón descascarillado en que se me servía la leche con malta recalentada. El serrín donde orinaba el gato olía tan fuerte, que me pareció estar mojando las galletas donde no se debía. Crujía la madera de los muebles. Las gentes extrañas, antiquísimas, secas, que poblaban los retratos, hacían todavía más acuciante aquella amarillenta soledad en la que naufragaba el alma. Y era como si todo el mundo hubiera muerto hacía siglos y quedáramos solamente mi tía y yo rodeados de jaulas vacías para gallinas, figurillas de santos, bibelots con vírgenes cautivas en mitad de la nieve y otras mil excentricidades de varia catadura. Pero, a pesar de todo, aquella mujerona gordísima, vestida de luto de los pies a la cabeza, decía cualquier cosa y se reía como una boba de sus propias palabras, exhibiendo sus grandes mellas y un par de muelas forradas de oro. Aquella era su simple manera de quererme, de estar contenta conmigo y con todo lo demás, porque, si no tenía muchas luces, tampoco las necesitaba para ser más feliz que cualquiera con su rosario bien rezado, sus gatos y sus canarios consentidos. Me dejé en la última habitación, me plantó un besazo en la frente y me dio las buenas noches. Sentí después que había olvidado ir al cuarto de baño, y me asomé al pasillo como el que espera ser arrollado por no se sabe qué tenebroso cataclismo. Me hice el ánimo de aventurarme a través de aquella gruesa penumbra matizada por la luz mortecina que salía del dormitorio de la buena mujer y, al pasar junto a su puerta, vi -sin ser visto- algo que me perturbó como creo que ninguna otra visión lo había logrado hasta esa oscura noche. La anciana se estaba desnudando inmensa, insondable, inconsolablemente. Vi la extrañeza infinita de la carne pronunciando entre brumas su reinado sonámbulo. Era aquello un desacato universal. No había cómo asumir aquel vientre blanquísimo, vientre enorme de muchacha encinta sobre el que colgaban los pechos marchitos de la muerte. Mi cuerpo, acusado por la rotundidad del suyo, chilló de terror y se avergonzó de deseo. El ángel y la arpía, ¿quién los había confundido así? Mercedes, mi vieja tía fea de bigote hirsuto, solterona de frías carnes incandescentes, deja que me abrace hoy a tu hermosura como no supe hacerlo cuando pude. Tú serás mi chiquilla, y este anciano de ajadas carnes morderá tus pezones y besará tus nalgas. Nada he logrado comprender del sueño exorbitante de la vida: todo en mí está cantando y se estremece.

(De *Cuaderno de brotes*)

## QUIEN LA ENCUENTRE

*A David Pareja*

Se hizo sin pensar, me vi partiendo,  
bajo el azul del día,  
la rama del hinojo en la vereda.

Tallo verde de anís, el que te huele,  
cómo no va a morder tu carne fresca,  
y en aroma y sabor  
empeñar el sentido hasta perderlo.

¿Es que puede una planta  
al borde del camino darle muerte,  
sin quitarle la vida,  
al que no pretendía más que olerla?

¿Qué es entonces el mundo, este lugar  
del que puede raptarnos  
la súbita fragancia de una herida?

Quien la encuentre, que parta  
la rama que lo espera.

*(De Saber de grillos)*

## CANTO I

¿Cuándo tuvo comienzo?

¿Lo hallaré en estas flores,  
si no he terminar de hacerlas mías,  
pues sé que ellas me quieren y me saben  
afectísimo suyo desde siempre?

La nitidez del mar,  
las arenas de oro bajo el sol,  
¿en qué fecha nos hacen jubilosos?

Para esta gran familia de ser uno  
no rige el calendario, quién dirá:  
<Conmigo acaba el cuento>,  
quién podría añadir:  
<El que empezó conmigo>.

No se conoce el día en que se hiciera  
lo infinito de menos,  
negándose la fiesta de la vida.

He mirado en la noche, nunca estuvo  
tan cierta de su luna y sus amantes.

Todos estos sabores, los colores,  
¿no encuentran en nosotros  
eternamente forma y residencia?

Ya se nos viene encima  
otra vez el presente, a recordarnos  
que nadie ha puesto un pie fuera de sí,

que ayer era la hora, que mañana  
seguiremos a tiempo, puntuales,  
de dar gracias a dios por estos ojos.

Hoy es el día nuestro, la alegría  
más grande todavía de partir  
y quedarnos cantando con los pájaros.

¿Cuándo tuvo principio  
mi amor por cuanto amo? ¿Fue primero  
amar, ser el amor,  
fue primero cantar o ser el canto?

*(De Ser el canto)*

## SOBREMESA

*A Juan Pablo y María Jesús*

Echada la persiana  
entre cuatro renglones  
de sol caligrafía  
unos versos el humo  
volado del pitillo.

Habiéndose quedado  
las cosas así quietas  
el momento y la casa  
la fruta sobre el hule  
el pan que se comió  
cada cual a su gusto  
aunque se hablaba allí  
donde un revuelo  
al fondo de cortinas  
qué claridad de vasos  
de mondadientes rotos  
con qué tacto las migas  
dejadas en la mesa  
nos quisieron decir  
y estaban mudas.

*(De A pájaros y migas)*